

LA CALIDAD EDUCATIVA COMO FUNDAMENTO PARA LA FORMACIÓN DE COMPETENCIAS EN LOS ESTUDIANTES

Zaida Yanet Rojas Lizarazo¹
zaya812@hotmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-7643-9372>
Doctorando en Educación
UPEL - IPRGR

Nelson Enrique Mejia Galvis²
nemega2011@hotmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-1218-2207>
Doctorando en Educación
UPEL - IPRGR

Recibido: 15/11/2024

Aprobado: 05/02/2025

RESUMEN

La calidad educativa se erige como un pilar fundamental en la formación de competencias en los estudiantes, ya que establece las bases necesarias para un aprendizaje significativo y efectivo. Una educación de calidad no solo se mide por la transmisión de conocimientos, sino también por la capacidad de desarrollar habilidades críticas, creativas y sociales que permitan a los estudiantes enfrentar los desafíos del mundo contemporáneo. Esto implica la implementación de metodologías pedagógicas innovadoras, la formación continua de docentes y la creación de entornos de aprendizaje inclusivos y motivadores. Ante ello, el presente artículo asumió como objetivo general analizar el desarrollo de la calidad educativa como fundamento para la formación de competencias en los estudiantes de Colombia. Por tal motivo, se enmarcó en una metodología cualitativa de tipo documental, ya que se desarrolló un ensayo que busca hacer énfasis en establecer estándares claros y objetivos medibles, las instituciones educativas pueden identificar áreas de mejora y adaptar sus programas formativos a las necesidades cambiantes del entorno laboral y social. Esta retroalimentación constante permite a los educadores ajustar sus enfoques pedagógicos y a los estudiantes reflexionar sobre su propio proceso de aprendizaje. En este sentido, una educación centrada en la calidad no solo prepara a los estudiantes para cumplir con expectativas académicas, sino que también les proporciona las herramientas necesarias para convertirse en ciudadanos responsables y competentes en un mundo globalizado e interconectado.

¹ Licenciada en Matemáticas e Informática, Magister en Educación de la Universidad Simón Bolívar, docente de matemáticas e informática en básica secundaria, con trece años de experiencia.

² Licenciado en lenguas extranjeras inglés- francés, Magister en Ciencias de la Educación, docente de inglés en educación básica y media con trece años de experiencia.

Palabras Clave: calidad educativa, formación de competencias, procesos formativos.

EDUCATIONAL QUALITY AS A FOUNDATION FOR THE FORMATION OF SKILLS IN STUDENTS

ABSTRACT

Educational quality stands as a fundamental pillar in the formation of skills in students, since it establishes the necessary foundations for meaningful and effective learning. A quality education is not only measured by the transmission of knowledge, but also by the ability to develop critical, creative and social skills that allow students to face the challenges of the contemporary world. This involves the implementation of innovative pedagogical methodologies, the continuous training of teachers and the creation of inclusive and motivating learning environments. Given this, the general objective of this article is to analyze the development of educational quality as a foundation for the formation of skills in Colombian students. For this reason, it was framed in a qualitative documentary-type methodology, since an essay was developed that seeks to emphasize establishing clear standards and measurable objectives, educational institutions can identify areas of improvement and adapt their training programs to the changing needs of the work and social environment. This constant feedback allows educators to adjust their pedagogical approaches and students to reflect on their own learning process. In this sense, an education focused on quality not only prepares students to meet academic expectations, but also provides them with the necessary tools to become responsible and competent citizens in a globalized and interconnected world.

Keywords: educational quality, skills training, training processes.

DESARROLLO

El concepto de competencias es, sin duda, uno de los más complejos y multifacéticos en el ámbito educativo y organizacional. Su polisemia se debe a que ha sido abordado desde diversas disciplinas y enfoques teóricos, cada uno aportando una perspectiva única sobre lo que implica ser competente. Entre estos enfoques destacan la lingüística Chomsky (1978), la psicología cultural de Vigotsky (1976) y el enfoque conductual de Skinner (1981). Cada uno de estos teóricos ofrece un marco conceptual que ayuda a entender cómo se forman y desarrollan las competencias en los individuos, así como su aplicación en contextos específicos.

Desde la perspectiva de Chomsky (1978), la competencia se refiere a una estructura mental implícita que está genéticamente determinada. Para él, esta competencia lingüística se activa en situaciones concretas de comunicación, lo que sugiere que existe un conocimiento innato que permite a los individuos comprender y producir lenguaje. Este enfoque resalta la importancia de los aspectos cognitivos en el desarrollo de competencias, sugiriendo que hay habilidades fundamentales que son inherentes al ser humano y que se manifiestan cuando se enfrentan a tareas específicas. Sin embargo, este modelo puede ser criticado por su falta de atención al contexto social y cultural en el cual se desarrolla el aprendizaje.

Por otro lado, Vigotsky (1976) ofrece una visión más contextualizada al considerar las competencias como acciones situadas. En tal sentido, el aprendizaje no ocurre en un vacío; está profundamente influenciado por el entorno cultural y social del individuo. En este sentido, las competencias no solo son habilidades individuales, sino también

productos de interacciones sociales y culturales. La mediación social juega un papel crucial en este enfoque, ya que las competencias se desarrollan a través del diálogo y la colaboración con otros. Esto implica que para adquirir competencias efectivas es necesario considerar el contexto en el cual se produce el aprendizaje.

El enfoque conductual propuesto por Skinner (1981) introduce una dimensión diferente al análisis de las competencias. Estas son identificables a través de atributos causales relacionados con el desempeño eficiente frente a estándares normalizados. Este enfoque pone énfasis en la observación del comportamiento y en cómo este puede ser moldeado mediante refuerzos positivos o negativos. En este sentido, las competencias son vistas como resultados medibles que pueden ser evaluados objetivamente. Sin embargo, esta perspectiva puede resultar limitada si no considera factores internos como la motivación o la autoeficacia del individuo.

En tiempos recientes, el concepto de competencias según Tobón (2006) ha encontrado un lugar destacado en el ámbito organizacional. Las empresas buscan identificar y desarrollar competencias específicas entre sus empleados para mejorar su desempeño y adaptabilidad ante cambios constantes en el mercado laboral. Este enfoque organizacional enfatiza la necesidad de contar con un conjunto definido de habilidades y conocimientos que permitan a los trabajadores cumplir con las expectativas del entorno laboral actual. Así, las competencias se convierten en un criterio clave para la selección, formación y evaluación del personal.

Según Tobón (2006) la relación entre competencias y contexto socio-laboral es fundamental para entender cómo se desarrollan estas habilidades en la práctica. Las condiciones laborales influyen significativamente en la capacidad de los individuos para adquirir y aplicar competencias efectivas. Por ejemplo, un ambiente colaborativo puede facilitar el desarrollo de habilidades interpersonales y trabajo en equipo, mientras que un entorno competitivo podría fomentar otras competencias como la resiliencia o la autogestión. Por lo tanto, es esencial considerar cómo las dinámicas organizacionales impactan en el desarrollo competencial.

Además, es importante reconocer que las competencias no son estáticas; evolucionan con el tiempo a medida que cambian las demandas del entorno social y laboral. La globalización y los avances tecnológicos han transformado radicalmente las habilidades requeridas por los trabajadores contemporáneos. Esto implica que tanto instituciones educativas como organizaciones deben estar dispuestas a adaptar sus enfoques formativos para asegurar que sus programas respondan adecuadamente a estas nuevas realidades.

Por tal motivo, el concepto de competencias es complejo e involucra múltiples dimensiones teóricas que enriquecen nuestra comprensión sobre su desarrollo e implementación. Desde Chomsky hasta Skinner pasando por Vigotsky, cada enfoque aporta elementos valiosos para entender cómo se forman las competencias individuales dentro de contextos específicos. A medida que nos adentramos más en un mundo interconectado y cambiante, resulta crucial seguir explorando estas perspectivas para garantizar una formación integral que prepare a los individuos no solo para enfrentar

desafíos laborales sino también para contribuir positivamente a sus comunidades sociales y culturales.

Por otra parte, Mejía (2012) resalta una transformación significativa en la concepción del proceso educativo, especialmente en relación con la crisis del modelo tradicional de proceso producto. Este modelo, que considera la enseñanza como la causa directa del aprendizaje, ha sido cuestionado por su enfoque lineal y su incapacidad para abordar la complejidad del aprendizaje humano. En este contexto, se hace evidente que la calidad educativa no puede ser medida únicamente a través de resultados cuantitativos o estándares rígidos; es necesario adoptar enfoques más holísticos que reconozcan la diversidad de experiencias y contextos de los estudiantes. La crítica a este modelo tradicional invita a repensar cómo se estructura el proceso educativo y qué elementos son realmente significativos para el aprendizaje.

Los enfoques holísticos propuestos por Mejía (2012) abogan por metodologías híbridas que integren tanto lo cualitativo como lo cuantitativo. Esta combinación permite una comprensión más rica y matizada del aprendizaje, ya que considera no solo los resultados medibles, sino también las experiencias subjetivas y contextuales de los participantes. Al centrarse en las vidas y realidades de los estudiantes, estas metodologías promueven un aprendizaje más significativo y relevante. Además, al integrar diferentes dimensiones del desarrollo humano —cognitiva, emocional, social y cultural— se busca formar individuos más completos y preparados para enfrentar los desafíos del mundo contemporáneo. Este enfoque reconoce que el aprendizaje es un proceso dinámico que va más allá de la mera adquisición de conocimientos académicos.

Asimismo, esta perspectiva crítica desafía la idea de trasladar mecánicamente las lógicas disciplinarias científicas al ámbito escolar. En lugar de imponer un currículo rígido basado en disciplinas aisladas, se propone una educación que integre diversas áreas del conocimiento y fomente conexiones entre ellas. Esto no solo enriquece el proceso educativo, sino que también refleja mejor la interconexión de las realidades en las que viven los estudiantes. Al promover un currículo integrado, se facilita el desarrollo de competencias transversales que son esenciales para el siglo XXI, como el pensamiento crítico, la creatividad y la colaboración.

Además, al considerar las diferentes dimensiones del desarrollo humano en el proceso educativo, se abre un espacio para atender las necesidades emocionales y sociales de los estudiantes. La educación no debe limitarse a la transmisión de información; debe también fomentar un ambiente donde los estudiantes se sientan valorados y comprendidos. Esto implica reconocer la importancia del bienestar emocional en el aprendizaje y crear entornos inclusivos que respeten y celebren la diversidad cultural y social presente en las aulas.

En este sentido, es fundamental que los educadores adopten un rol facilitador en lugar de ser meros transmisores de conocimiento. Los docentes deben estar capacitados para diseñar experiencias educativas que respondan a las necesidades e intereses de sus estudiantes, promoviendo así un aprendizaje activo y participativo. Esto requiere una formación continua para los educadores, así como un apoyo institucional que les permita experimentar con nuevas metodologías y enfoques pedagógicos.

Por otro lado, Mejía (2012) considera que es importante destacar que esta transformación educativa no puede llevarse a cabo sin una reflexión crítica sobre las políticas educativas actuales. Las reformas deben ir acompañadas de un compromiso real con la equidad y la inclusión, asegurando que todos los estudiantes tengan acceso a oportunidades educativas significativas. Esto implica cuestionar estructuras jerárquicas dentro del sistema educativo y promover una mayor colaboración entre todos los actores involucrados: docentes, estudiantes, familias e instituciones. Al integrar estos enfoques holísticos en el ámbito educativo, se contribuye a formar ciudadanos más conscientes y comprometidos con su entorno social. La educación tiene el potencial no solo de transmitir conocimientos técnicos sino también de cultivar valores éticos y sociales fundamentales para vivir en comunidad.

Así, al replantear el proceso educativo desde una perspectiva integral, se avanza hacia una educación más justa y transformadora que responda a las demandas del mundo actual. Por tal motivo, Mejía (2012) plantea una visión renovada sobre el proceso educativo al criticar modelos tradicionales centrados exclusivamente en resultados cuantitativos. La propuesta de enfoques holísticos orientados hacia metodologías híbridas ofrece una alternativa valiosa para promover una educación más inclusiva y significativa. Al integrar diversas dimensiones del desarrollo humano en el proceso educativo, se busca formar individuos capaces de enfrentar los retos contemporáneos con creatividad y responsabilidad social.

Además, esta falta de articulación entre perspectivas curriculares puede llevar a una ineficacia en la formación de los diversos actores dentro de la comunidad educativa. Martínez et al. (2017) señalan que, para enfrentar los retos impuestos por la sociedad del conocimiento, es fundamental establecer procesos formativos claros y alineados con las necesidades actuales. Sin embargo, cuando las reformas educativas se implementan sin considerar el contexto específico y las realidades locales, se corre el riesgo de crear un sistema educativo que no responde adecuadamente a las demandas del entorno social y económico.

El desencanto social también puede estar relacionado con la percepción de que las reformas educativas son impulsadas más por intereses políticos o económicos que por un verdadero compromiso con la mejora educativa. En muchos casos, estas reformas parecen ser reacciones a crisis específicas o presiones externas, como informes internacionales sobre rendimiento académico, sin un análisis profundo sobre lo que realmente implica mejorar la calidad educativa. Esta falta de enfoque genuino hacia el desarrollo integral del estudiante contribuye al descontento generalizado respecto a los resultados obtenidos. En tal sentido, López (2015) plantea que:

Además, se tiende a seguir perspectivas de la calidad educativa de otras regiones diferentes a la latinoamericana, con mayor énfasis en procesos de desempeño cognitivo, así como en los planes administrativos y académicos orientados a la certificación y la acreditación, sin brindarle atención a la transformación del entorno, que es lo más urgente (p. 58).

Por otro lado, es importante reconocer que el contexto global actual presenta desafíos únicos que requieren respuestas innovadoras y adaptativas por parte de los sistemas educativos. La rápida evolución tecnológica, junto con cambios sociales profundos, demanda una educación que no solo transmita conocimientos, sino que también fomente habilidades críticas como el pensamiento crítico, la creatividad y la colaboración. Sin embargo, si las reformas educativas continúan siendo inconsistentes o mal implementadas, será difícil lograr estos objetivos. En este sentido, es crucial promover un diálogo abierto entre todos los actores involucrados en el proceso educativo: educadores, administradores escolares, padres y estudiantes.

Este diálogo debe centrarse en construir una visión compartida sobre lo que significa calidad educativa en el contexto actual. Solo mediante una colaboración efectiva se podrá avanzar hacia un modelo educativo más coherente y alineado con las necesidades reales de la sociedad. Para abordar esta problemática es necesario realizar un análisis crítico continuo sobre las políticas educativas implementadas y sus efectos reales en el aula. Esto implica no solo evaluar resultados académicos cuantitativos sino también considerar aspectos cualitativos relacionados con el bienestar emocional y social de los estudiantes. Al hacerlo, se podrá avanzar hacia una educación más integral que realmente prepare a los ciudadanos para enfrentar los desafíos del siglo XXI.

Clarificar el concepto de calidad educativa es esencial para guiar efectivamente las reformas educativas hacia un futuro más prometedor. Sin embargo, esto requiere un compromiso colectivo para superar la fragmentación actual y construir un sistema educativo coherente que responda a las exigencias contemporáneas. Solo así se podrá

transformar el desencanto social en confianza renovada hacia la educación como motor del desarrollo humano y social. La necesidad de explorar enfoques alternativos sobre la calidad educativa es fundamental, especialmente en el contexto latinoamericano, donde los desafíos sociales, económicos y culturales son complejos y multifacéticos. En este sentido, el enfoque socioformativo se presenta como una alternativa prometedora que ha sido desarrollada desde 2012 por diversos equipos de investigación en la región (Tobón, 2012). Este enfoque busca no solo analizar y comprender la calidad educativa, sino también gestionarla de manera que responda a las realidades y necesidades específicas de las comunidades latinoamericanas. Según Tobón (2012)

explorar otros enfoques sobre la calidad educativa que sirvan como alternativa para el análisis, la comprensión y la gestión de esta, teniendo en cuenta los retos de la sociedad latinoamericana. En esta línea de trabajo se viene desarrollando el enfoque socioformativo de manera colaborativa, a través de diversos equipos de investigación en varios países de la región, quienes, mediante la sistematización de experiencias concretas de transformación social por medio de la educación, en complemento con procesos científicos, han fortalecido sus principios, ejes conceptuales y procedimientos metodológicos, ofreciendo alternativas para abordar la formación y la evaluación del aprendizaje (p. 74).

El enfoque socioformativo se basa en la sistematización de experiencias concretas de transformación social a través de la educación. Esto implica un proceso colaborativo en el que diferentes actores educativos trabajan juntos para identificar problemas locales y desarrollar soluciones efectivas. Al integrar procesos científicos con prácticas educativas, este enfoque fortalece sus principios y ejes conceptuales, ofreciendo un marco sólido para abordar tanto la formación como la evaluación del

aprendizaje. Esta perspectiva permite que los educadores no solo se centren en los resultados académicos, sino que también consideren el impacto social de su labor.

Uno de los aspectos más destacados del enfoque socioformativo es su capacidad para gestionar el currículo y administrar las instituciones educativas de manera más pertinente. En lugar de seguir modelos rígidos que pueden no ser relevantes para el contexto local, este enfoque promueve una adaptación del currículo que responda a las necesidades y características específicas de cada comunidad. Esto es especialmente importante en América Latina, donde la diversidad cultural y social requiere una atención particular para garantizar que todos los estudiantes tengan acceso a una educación significativa y relevante.

Además, el enfoque socioformativo trasciende conceptos tradicionales como eficiencia, eficacia y efectividad al centrarse en la pertinencia educativa. Según Tobón (2013), este enfoque busca mejorar las condiciones de vida de todos los actores sociales mediante actividades colaborativas. Esto significa que la calidad educativa no se mide únicamente por indicadores cuantitativos, sino también por su capacidad para generar cambios positivos en la vida de las personas y en sus comunidades. La colaboración entre estudiantes, docentes y otros miembros de la sociedad se convierte así en un eje central para lograr una educación transformadora. Según Tobón (2013):

para gestionar el currículo, administrar las instituciones educativas y promover el cambio en la sociedad considerando los problemas del contexto. Respecto a la calidad educativa, desde la perspectiva socioformativa se trasciende el concepto de eficiencia, eficacia y efectividad, enfocándose más en la pertinencia para mejorar las

condiciones de vida de todos los actores sociales mediante actividades colaborativas (p. 26).

La implementación del enfoque socioformativo también implica un cambio en las dinámicas evaluativas. En lugar de enfocarse exclusivamente en exámenes estandarizados o calificaciones numéricas, se promueve una evaluación formativa que considere el proceso de aprendizaje integral del estudiante. Esto incluye aspectos como el desarrollo personal, social y emocional, así como la capacidad para trabajar en equipo y resolver problemas comunitarios. De esta manera, se fomenta un aprendizaje más holístico que prepara a los estudiantes no solo para el ámbito académico sino también para su vida cotidiana.

Asimismo, este enfoque permite promover un cambio significativo en la sociedad al vincular directamente la educación con las problemáticas locales. Al involucrar a los estudiantes en proyectos comunitarios o iniciativas sociales, se les brinda la oportunidad de aplicar lo aprendido en contextos reales y contribuir activamente al bienestar colectivo. Esta conexión entre educación y acción social refuerza el papel transformador que puede tener la educación en América Latina. Explorar enfoques alternativos sobre la calidad educativa es esencial para enfrentar los retos específicos que presenta la sociedad latinoamericana.

El enfoque socioformativo ofrece una perspectiva valiosa al centrarse en la pertinencia educativa y fomentar actividades colaborativas que mejoren las condiciones de vida de todos los actores sociales. A través de este enfoque, es posible avanzar hacia

una educación más inclusiva y transformadora que responda a las necesidades reales de las comunidades latinoamericanas. Por tal motivo, adoptar el enfoque socioformativo puede ser un paso crucial hacia una redefinición del concepto de calidad educativa que vaya más allá de métricas tradicionales. Al hacerlo, se abre un camino hacia una educación más equitativa y relevante que empodere a los estudiantes como agentes activos del cambio social. Por otra parte, Zorrilla (2010) plantea que:

La calidad educativa se encuentra alineada con el discurso de las políticas educativas, a su vez estas son definidas como el conjunto de decisiones y acciones tendientes a lograr cambios dentro de un sistema educativo para reestructurar la visión y ejecución de los procesos formativos en Colombia (p. 54).

La calidad educativa está intrínsecamente relacionada con el discurso de las políticas educativas, que se definen como el conjunto de decisiones y acciones orientadas a lograr cambios dentro de un sistema educativo (Vázquez, 2015; Zorrilla, 2010). Esta relación sugiere que las políticas educativas no son solo un marco normativo, sino que también reflejan las aspiraciones y necesidades de los sistemas educativos en diferentes contextos. A nivel global, estas políticas se han visto influenciadas por recomendaciones emitidas por organismos internacionales, lo que ha llevado a una homogeneización en la forma en que se aborda la calidad educativa en distintos países.

Las recomendaciones de organismos internacionales como la UNESCO, la OCDE y el Banco Mundial han tenido un impacto significativo en la formulación de políticas educativas en diversas naciones. Por ejemplo, el Informe a la UNESCO presentado por

Jacques Delors (1996) enfatiza la importancia de una educación integral que fomente no solo el conocimiento académico, sino también habilidades para la vida y valores éticos. Este enfoque ha sido adoptado por muchos países como un modelo a seguir para mejorar sus sistemas educativos. Sin embargo, es crucial cuestionar si estas recomendaciones realmente responden a las realidades locales o si simplemente se implementan como una respuesta a presiones externas.

El Acuerdo de cooperación entre Colombia y la OCDE para mejorar la calidad de la educación en las escuelas mexicanas (OCDE, 2010) es otro ejemplo claro de cómo las políticas educativas pueden estar alineadas con estándares internacionales. Este acuerdo busca implementar prácticas basadas en evidencia para elevar los niveles educativos del país. Sin embargo, surge la pregunta sobre cómo estas estrategias se adaptan a las particularidades culturales y sociales del contexto mexicano. La implementación efectiva de tales políticas requiere no solo un compromiso político, sino también una comprensión profunda de las dinámicas locales.

Asimismo, las estrategias propuestas por el Banco Mundial para promover el desarrollo económico a través de la educación (World Bank, 2011) reflejan una visión utilitarista de la educación que puede desdibujar su función social más amplia. Al centrar el enfoque en el desarrollo económico, existe el riesgo de que se prioricen ciertos tipos de conocimientos y habilidades sobre otros que son igualmente importantes para formar ciudadanos críticos y comprometidos. Es importante reconocer, que, aunque estas políticas pueden ofrecer directrices valiosas, su éxito depende en gran medida del contexto específico en el que se implementan. Las realidades sociales,

culturales y económicas varían significativamente entre países e incluso dentro de regiones del mismo país. Por lo tanto, es fundamental adaptar las recomendaciones internacionales a las necesidades locales para garantizar que realmente contribuyan a mejorar la calidad educativa.

Además, es esencial involucrar a todos los actores del sistema educativo en el proceso de formulación e implementación de políticas educativas. La participación activa de estos grupos puede ayudar a asegurar que las decisiones tomadas sean pertinentes y efectivas. Esto también fomenta un sentido de pertenencia y responsabilidad compartida hacia los objetivos educativos establecidos. Por ende, la calidad educativa está profundamente interconectada con el discurso y las decisiones tomadas en torno a las políticas educativas. Si bien las recomendaciones internacionales pueden proporcionar un marco útil para abordar los desafíos educativos actuales, es crucial adaptarlas al contexto local y fomentar una participación inclusiva en su implementación. Solo así se podrá avanzar hacia una educación verdaderamente transformadora que responda a las necesidades específicas de cada sociedad. En tal sentido, Martínez et al., (2017) señala que:

las políticas educativas deben ser construidas de manera colaborativa por los actores que interactúan en un sistema educativo como políticos, directivos escolares, docentes, padres de familia, alumnos y demás instituciones sociales, con la intención de tomar decisiones e implementar acciones tendientes en buscar la formación integral de todos los miembros de una comunidad educativa, así como la resolución de sus problemáticas existentes en su contexto (p. 13).

Las políticas educativas en el marco del discurso de calidad deben ser entendidas como un proceso dinámico y colaborativo que involucra a todos los actores que interactúan en un sistema educativo. Esto incluye no solo a los políticos y directivos escolares, sino también a docentes, padres de familia, alumnos y otras instituciones sociales. La participación activa de estos grupos es fundamental para garantizar que las decisiones tomadas reflejen las necesidades y aspiraciones de la comunidad educativa en su conjunto. Al involucrar a todos los actores, se fomenta un sentido de pertenencia y responsabilidad compartida hacia el proceso educativo, lo que puede resultar en una implementación más efectiva de las políticas.

La construcción colaborativa de políticas educativas permite abordar de manera integral las problemáticas existentes en el contexto local. Cada actor aporta una perspectiva única basada en su experiencia y conocimiento del entorno, lo que enriquece el proceso de toma de decisiones. Por ejemplo, los docentes pueden ofrecer información valiosa sobre las dificultades que enfrentan en el aula, mientras que los padres pueden compartir sus preocupaciones sobre el bienestar y desarrollo de sus hijos. Esta diversidad de voces es esencial para identificar soluciones adecuadas y contextualizadas que respondan a las realidades específicas de la comunidad.

Además, al reflexionar sobre las políticas educativas desde una perspectiva colaborativa, se establece un espacio para el diálogo y la negociación entre los diferentes actores. Este diálogo es crucial para construir consensos sobre los objetivos educativos y las estrategias necesarias para alcanzarlos. La reflexión conjunta permite cuestionar supuestos previos y desafiar enfoques tradicionales que pueden no ser efectivos en el

contexto actual. De esta manera, se promueve una cultura de mejora continua donde las políticas son constantemente evaluadas y ajustadas según sea necesario. Por ello, Vázquez (2015) argumenta:

las políticas educativas deben ser reflexionadas por los actores en su conjunto, y así establecer estrategias que permitan su mejora continua en la búsqueda del tipo de sociedad que se quiere construir y de las características que debe tener la educación para su consecución (p. 74).

La búsqueda de la formación integral de todos los miembros de la comunidad educativa debe ser un objetivo central en la construcción de políticas educativas. Esto implica no solo enfocarse en el rendimiento académico, sino también considerar aspectos emocionales, sociales y éticos del desarrollo humano. Las políticas deben promover un aprendizaje significativo que prepare a los estudiantes para enfrentar los desafíos del siglo XXI, fomentando habilidades como el pensamiento crítico, la creatividad y la colaboración. Al hacerlo, se contribuye a formar ciudadanos comprometidos con su comunidad y capaces de participar activamente en la construcción de una sociedad más justa e inclusiva.

Asimismo, es importante reconocer que las políticas educativas no pueden ser estáticas; deben evolucionar junto con las necesidades cambiantes de la sociedad. La reflexión continua por parte de todos los actores permite identificar áreas de mejora y adaptar estrategias según sea necesario. Esto requiere un compromiso constante con la evaluación y retroalimentación sobre la efectividad de las políticas implementadas. Solo así se podrá garantizar que estas respondan adecuadamente a los retos emergentes y contribuyan al desarrollo integral de los estudiantes.

El papel del liderazgo educativo también es fundamental en este proceso colaborativo. Los directivos escolares deben actuar como facilitadores del diálogo entre los diferentes actores, promoviendo un ambiente donde todas las voces sean escuchadas y valoradas. Un liderazgo efectivo puede inspirar confianza y motivación entre docentes, padres y alumnos, creando un clima propicio para la innovación y el cambio positivo dentro del sistema educativo. Además, este liderazgo debe estar alineado con una visión clara sobre el tipo de educación que se desea construir. En tal sentido, López (2015) plantea que:

Para los organismos internacionales las reformas con más trascendencia en la región fueron la operación de un nuevo modelo de organización y gestión del sistema y de la escuela, por medio de la descentralización y de la autonomía escolar. Con estas acciones se pretendía reducir los gastos del gobierno en educación

Por otro lado, es esencial considerar cómo las instituciones sociales externas al ámbito educativo pueden contribuir al desarrollo e implementación de políticas educativas efectivas. Organizaciones comunitarias, empresas locales e incluso organismos gubernamentales pueden jugar un papel importante al ofrecer recursos adicionales o colaborar en proyectos específicos que beneficien a la comunidad educativa. Esta colaboración interinstitucional puede enriquecer aún más el proceso educativo al proporcionar oportunidades prácticas para aplicar lo aprendido en contextos reales.

La construcción colaborativa de políticas educativas es clave para lograr una educación de calidad que responda a las necesidades específicas de cada comunidad. Involucrar a todos los actores relevantes no solo fortalece el proceso democrático dentro

del sistema educativo, sino que también asegura que las decisiones tomadas sean pertinentes y efectivas. Al reflexionar conjuntamente sobre las problemáticas existentes y establecer estrategias claras para su resolución, se avanza hacia una formación integral que prepare a todos los miembros de la comunidad educativa para contribuir activamente al desarrollo social y cultural del entorno en el que viven.

En este plano, emergen los conceptos de eficacia, eficiencia y acreditación son frecuentemente utilizados en el discurso sobre la calidad educativa, pero es fundamental entender que cada uno de ellos tiene un significado específico y distinto. Esta diferenciación es crucial para poder abordar adecuadamente los desafíos que enfrenta el sistema educativo y para implementar políticas que realmente mejoren la calidad de la educación. A continuación, se analizan estos conceptos en detalle.

La eficacia se refiere a la capacidad de alcanzar los objetivos o metas propuestas dentro del ámbito educativo. Según Egido (2005), “una institución educativa es considerada eficaz si logra cumplir con los aprendizajes esperados por sus estudiantes. Este concepto está estrechamente relacionado con los resultados académicos y el rendimiento estudiantil” (p. 37). Si una escuela establece como meta que sus alumnos alcancen un determinado nivel de competencia en matemáticas y logra que la mayoría de sus estudiantes lo consigan, se puede afirmar que esa institución es eficaz. Sin embargo, la eficacia no necesariamente implica que se estén utilizando los recursos de manera óptima o que se esté considerando el contexto social y cultural de los estudiantes.

Por otro lado, la eficiencia en el ámbito educativo, según Blanco (2008), se refiere a “cómo se asignan y utilizan los recursos disponibles para lograr los objetivos educativos. Esto implica no solo la cantidad de recursos asignados, sino también su distribución y uso adecuado” (p. 29). Una institución puede ser eficaz al lograr sus metas educativas, pero si lo hace gastando más recursos de los necesarios o sin optimizar su uso, no se consideraría eficiente. La eficiencia busca maximizar el impacto educativo con el menor costo posible, lo cual es especialmente relevante en contextos donde los recursos son limitados. Por lo tanto, mientras que la eficacia se centra en el logro de resultados, la eficiencia evalúa cómo esos resultados se alcanzan.

La acreditación, por su parte, es un proceso formal y riguroso mediante el cual una institución educativa recibe un reconocimiento público sobre la calidad de su desempeño. Según Egido y Haug (2006), este proceso implica una evaluación externa realizada por organismos acreditadores que analizan diversos aspectos del funcionamiento institucional. La acreditación puede aplicarse tanto a programas específicos como a instituciones completas (Pires y Lemaitre, 2008). Este reconocimiento no solo valida la calidad educativa ante la sociedad, sino que también puede influir en la percepción pública sobre la institución y su capacidad para atraer estudiantes.

Por otra parte, Jiménez (2018) reflexiona sobre la educación basada en competencias en el contexto de la globalización económica resalta la necesidad de una formación continua y especializada que responda a las demandas cambiantes del mercado laboral. En un mundo donde la información y las tecnologías evolucionan

rápidamente, es fundamental que los individuos no solo adquieran conocimientos específicos, sino que también desarrollen habilidades transferibles que les permitan adaptarse a diferentes entornos y situaciones. La capacidad para obtener información, trabajar en equipo e interactuar con otros se convierte en un requisito esencial para el éxito profesional y personal. Este enfoque enfatiza que la educación debe ser un proceso dinámico y flexible, capaz de ajustarse a las necesidades de los estudiantes y del contexto en el que se desenvuelven.

Sin embargo, la globalización también introduce un nivel de incertidumbre en el ámbito educativo. A medida que surgen y desaparecen sistemas de gestión de calidad educativa, se hace evidente que no existe un modelo único o universal que garantice el éxito en todos los contextos. Esta variabilidad puede generar confusión tanto en instituciones educativas como en estudiantes, quienes deben navegar por un paisaje educativo cada vez más complejo. La búsqueda de calidad educativa se convierte así en un desafío multifacético, donde es crucial comprender los elementos que constituyen el saber educativo y cómo estos pueden ser aplicados efectivamente en diferentes realidades.

La interiorización de valores educativos es otro aspecto destacado por Jiménez (2018). En un entorno globalizado, donde las organizaciones buscan alinearse con principios éticos y sostenibles, es vital que los educandos comprendan y adopten estos valores. Esto no solo contribuye a su desarrollo profesional, sino que también fomenta una cultura organizacional positiva y responsable. La educación basada en competencias debe ir más allá de la mera adquisición de habilidades técnicas; debe

incluir una formación integral que prepare a los individuos para actuar con ética y responsabilidad social dentro de sus futuros entornos laborales.

Además, esta visión implica un cambio en la forma en que se concibe la realidad educativa. En lugar de centrarse únicamente en resultados académicos estandarizados, es necesario adoptar métodos de evaluación más holísticos que consideren el desarrollo integral del estudiante. Esto incluye evaluar habilidades interpersonales, capacidades críticas y creativas, así como la comprensión y aplicación de valores éticos. De esta manera, se puede garantizar que los egresados no solo sean competentes desde una perspectiva técnica, sino también desde una dimensión humana.

Por tanto, Jiménez (2018) menciona que el contexto globalizado también plantea retos adicionales para la formación basada en competencias. Las diferencias culturales, económicas y sociales entre regiones pueden influir significativamente en cómo se perciben y aplican estas competencias. Por lo tanto, es esencial desarrollar enfoques educativos contextualizados que reconozcan estas diversidades y busquen adaptarse a ellas. Esto requiere una colaboración estrecha entre educadores, empresas e instituciones gubernamentales para crear programas formativos relevantes y efectivos.

Asimismo, la incertidumbre inherente al mundo globalizado exige una mentalidad abierta hacia el aprendizaje continuo. Los individuos deben estar dispuestos a actualizar sus conocimientos y habilidades a lo largo de su vida profesional para mantenerse competitivos. Esto implica no solo una actitud proactiva hacia el aprendizaje personal, sino también la creación de entornos educativos que fomenten esta cultura del aprendizaje permanente.

En conclusión, Jiménez (2018) subraya la importancia de una educación basada en competencias adaptada al contexto global actual. Esta educación debe ser permanente y especializada, promoviendo habilidades interpersonales y valores corporativos esenciales para alcanzar la calidad educativa deseada. Sin embargo, también enfrenta desafíos significativos debido a la incertidumbre del entorno globalizado y a la diversidad cultural existente. Por lo tanto, es fundamental desarrollar enfoques educativos flexibles e inclusivos que preparen a los estudiantes para navegar con éxito por este complejo panorama educativo y profesional

REFERENCIAS

- Blanco, R. (2008). Eficacia escolar desde el enfoque de calidad de la educación. Santiago de Chile, Chile: UNESCO/LLECE.
- Bolívar, A. (2005). ¿Dónde situar los esfuerzos de mejora?: política educativa, escuela y aula. *Educação e Sociedade*, 26 (92), 859-888.
- Casanova, M. A. (2012). El diseño curricular como factor de calidad educativa. *REICE: Revista Iberoamericana Sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 10 (4), 6-20.
- Chomsky, N. (1978). *Knowledge of language*. New York: Praeger.
- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI*. Madrid, España: Santillana.
- Egido, I. (2005). Reflexiones en torno a la evaluación de la calidad educativa. *Tendencias pedagógicas*, 10, 17-28.
- Egido, I. y Haug, G. (2006). La acreditación como mecanismo de garantía de la calidad: tendencias en el Espacio Europeo de Educación Superior. *Revista Española de Educación Comparada*, 12, 81-112.
- Granja, J. (1998). *Formaciones conceptuales en educación*. Ciudad de México, México.
- López, A. (2015). El enfoque por competencias. Una perspectiva desde la complejidad para los sistemas educativos terciarios. *Revista Ciencias Humanas*, 12, 21-29.
- Martínez, J. E., Tobón, S. y Romero, A. (2017). Problemáticas relacionadas con la acreditación de la calidad de la educación superior en América Latina. *Innovación Educativa*, 17 (73), 79-96.
- Martínez, J. E., Tobón, S., Zamora, L. y López, E. (2017). *Currículo socioformativo: una propuesta formativa para la sociedad del conocimiento*. Falta ciudad, México: Plaza y Valdés Editores/Sociedad Mexicana de Educación Comparada.
- Monarca, H. A. (2012). La influencia de los sistemas nacionales de evaluación en el desarrollo del currículo. *Perfiles Educativos*, 34 (135), 164-176.
- Navarrete-Cazales, Z. (2017). *Una revisión histórica del concepto identidad desde la perspectiva del Análisis Político de Discurso*. Ciudad de México.

- OCDE. (2010). Acuerdo de cooperación Colombia-OCDE para mejorar la calidad de la educación de las escuelas colombianas. Colombia: OCDE.
- OCDE. (2017). PISA 2015 Assessment and analytical framework: science, reading, mathematic, financial literacy and collaborative problem solving. París, France: OCDE.
- Pires, S. y Lemaitre, M. J. (2008). Sistemas de acreditación y evaluación de la educación superior en América Latina y el Caribe. Caracas, Venezuela: IESALC-UNESCO.
- Rodríguez, W. (2010). El concepto de calidad educativa: una mirada crítica desde el enfoque históricocultural. Actualidades Investigativas en Educación, 10 (1), 1-28.
- Skinner, B. F. (1981). The behavior of the listener. En S. C. Hayes (Ed.), Rule governed behavior: Cognition, contingencies, and instructional control (pp. 85-96). New York: Plenum.
- Tobón, S. (2006). Modelo pedagógico basado en competencias. Medellín, Colombia: FUNORIE.
- Tobón, S. (2013). Formación integral y competencias. Pensamiento complejo, currículo, didáctica y evaluación. Bogotá, Colombia: Ecoe Ediciones.
- Vázquez, M. G. (2015). La calidad de la educación. Reformas educativas y control social en América Latina. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos, 60, 93-124.
- Vygotsky, L. (1976). El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Barcelona: Crítica
- World Bank. (2011). Learning for all: investing in people's knowledge and skills to promote development. Education strategy 2020. Washington, DC: World Bank.
- Zorrilla, M. (2010). Investigación educativa, políticas públicas y práctica docente. Triángulo de geometría desconocida. REICE: Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación, 8 (2), 74-92.